

DEL ARCA VIEJA DE LOS RECUERDOS.

LA VOZ DE LAS CAMPANAS.— EL GRITO DE LOS DOLORES TRAGICOS Y EL TRINAR DE LAS GRANDES ALEGRÍAS.—EL LUGUBRE ALERTA DEL INCENDIO.—LA LLAMADA DE LAS MINAS.—LAS DOCE CAMPANAS DE CHINA.—LA CAMPANA DE TOLEDO Y DE LA TORRE DE LA VELA. LAS CAMPANAS DE LA CATEDRAL DE LA HABANA.—LA VERDAD Y LA LEYENDA.—LA CAMPANA MILAGROSA.—UNA AVENTURA AMOROSA.—EL NIDO DEL TORREON

*San Sep 7/930*

Los dolores trágicos, las grandes alegrías, los rebatos de alertas pavorosos, las apacibles preces conventuales, los risonrosos y los Te-Deum, las catástrofes y los triunfos de los pueblos vienen sonando de edad en edad, de siglo en siglo a voz de campana.

Trina y gorjea repiqueteando en loca orquesta de mil pájaros cantores, al claro alborear y al alaluya de la Pascua Florida o a la entrada de un caudillo victorioso en la ciudad. Llora pidiendo plegarias con el último estertor del agonizante o con los gemidos de las almas que purgan sus pecados.

Profanando el reposado silencio de la media noche, retumba el tañido cada vez más recio, cada vez más acelerado de la campana. Un inmenso resplandor rojizo avanza entre furias de llamas sobre los edificios de la ciudad. Entre los crujiidos de los muros que se derrumban, entre los ayes estridentes de los que piden auxilio y bajo las mordeduras del fuego y la asfixia del humo, entre el heroico trepar de los bomberos que empuñan la manga de agua en la terrible lucha prosigue clamando lúgubre y fatídica como en una pesadilla la voz de la campana.

Es la misma voz que se ha fundido con la regocijada exaltación de las notas del órgano en la marcha nupcial de una boda principesca. Es la misma voz universal que llama al obrero desvelado, desmadejado todavía bajo el peso de la faena anterior, al fondo oscuro de las minas.

Y así ha venido vibrando esta voz desde aquellas doce campanas cuyos sonidos expresaban en China desde 2262 años antes de Cristo, los sonidos de la música. Ya la campana adorna como emblema sagrado quince siglos antes de Cristo la vestidura del Sumo Pontífice de los hebreos. En la Roma antigua llama a la hora del baño y repica, cuando contestan los oráculos a las preguntas del Sacerdote. La Iglesia Católica convoca con ella a los fieles desde que San Paulino de Nola fundió, según cuentan los arqueólogos, la primera

campana. En España sonó bajo el reinado de Alfonso el Casto. Después retumbó en el siglo XVI a cien leguas a la redonda, la inmensa campana de Toledo que pesa 40,000 libras y abarca tres metros de diámetro. En España se enronqueció también repiqueteando de alborozo nacional la campana de la Vela, cuando los Reyes Católicos entraron en Granada. ¡Campana del Kremlin, en Moscov que mide seis metros de altura y pesa 247,000 kilogramos! ¡Cómo has vibrado a guerra, a muerte y a revolución!

A guerra y a victoria clamaron las campanas de la Catedral de Cuba. También han clamado en las hondas tristezas y en los hosannas del pueblo! ¡Seis campanas que forman la solemne orquesta de los grandes sucesos! ¡Seis campanas que tienen su leyenda sugestiva y novelesca!

He aquí como nos la cuenta nuestro compañero señor Alfonso Rosado Avila, en información hecha expresamente para el DIARIO DE LA MARINA:

Alzo la cabeza y descubro, allí en la altura, el nido que en los grises torreones, han formado las campanas, suspendidas sobre los gruesos murallones, como si atisbaran, por los ventanales, la calle. ¡Curiosidad por el siglo! No, que ellas hablan hacia lo alto. No miran la calle; se extasían viendo el cielo por encima de los tejados.

Trasponemos la férrea verja y nuestros pasos resuenan a hueco.

En efecto, bajo este piso de vulgar cemento, decansen los huesos de aquellos que murieron en San Cristóbal de la Habana, hasta los años de los tres sietes, cuando esto no era Catedral Metropolitana, sino apenas modesta Parroquia Mayor, que andando el tiempo vino a ser solo Sagrario de la Catedral.

Cuando hemos puesto un pie en la negrura de la escalera de caracol, sentimos que la humedad serpea sobre las paredes de la torre. Ascendemos lentamente haciendo prodigios de equilibrio. De vez en cuando, en la ascensión, un fuetazo de luz azota nuestros rostros que han empalidecido un poco.

Por fin, la luz viene de arriba; hemos llegado al nido de los pájaros de bronce.

—Esta es la de San Pedro, es la más grande,— nos dice el campanero,— pero no es la mejor. Hace algún tiempo hubo que bajarla para su reparación: estaba rajada. Más de dos meses tardaron en ello. Un milagro es lo que recuerda esa rajadura: hace muchos años un descreído pasaba junto al pie de la

2

torre, y en son de reto lanzó esta blasfemia:

—Húndeme aquí si es verdad que existes.

Y el asombro de lo horrendo paralizó todo movimiento en los cuerpos. Una campana se había desprendido; y voltejando locamente, descendía como un bólido, derecha, sobre el perjuro que quedó anonadado de pavor. Fué entonces cuando creyó en Dios. En ese intervalo de milésimo de segundo que parece un siglo en el pensamiento, se realizó la conversión. El impío creyó en Dios; y Dios hizo florecer de nuevo el milagro: la campana cayó de tal modo que cubrió al blasfemo, quien quedó en el centro de ella sin el más ligero rasguño, sin el más leve golpe, como si la campana hubiera medido matemáticamente su altura.

Allí, bajo aquella capilla de bronce que se rajó al chocar contra las losas del suelo, quedó prisionero el impío ya piísimo creyente, que se deshizo en lágrimas. La noticia del milagro se extendió y fueron llegando los vecinos que, tras improbos trabajos, lograron levantar la campana lo suficiente para que dejara escapar a su prisionero. Por eso hubo que remendarla.

Han transcurrido los segundos necesarios para demostrar que el relato nos ha impresionado, cuando interrogamos:

—¿Y ésta?

—Tiene una historia de amor. No habían caído del todo los muros de la antigua Parroquial Mayor, a consecuencia de la explosión de la fragata «Invencible» que la dejó toda cuarteada e inservible para el culto, trasladándose los Servicios a la Iglesia de San Felipe, cuando entró una noche por la Caleta de San Lázaro un puata cuya personalidad no se ha logrado comprobar; y a fe que no hace falta tampoco para el interés de esta historia. Llamémoslo «Pata de Palo» o «Mano de Hierro», como queráis, que en final de cuentas lo mismo da. Digo que entró con sus hombres por la Caleta de San Lázaro a cuyos vigías había logrado sorprender, y no eran «peluconas» y barras de plata mexicana lo que venía buscando. Un tesoro más grato para aquel cuyo servicio había impulsado a dar el asalto, que se redujo a una rápida entrada por la ciudad, más esquivando los encuentros que procurándolos, con los defensores que se admiraban de la destreza y rapidez del ataque. «Mano de Hierro» solamente ayudaba a la empresa a raptar a una bellísima joven que de la Nueva España había llegado aquella misma mañana, y a la sazón se encontraba bajo el cuidado de unas santas

mujeres en el recinto sagrado de un convento, mientras el barco que la condujera terminaba sus operaciones y ponía proa hacia la metrópoli, término y fin del itinerario de la joven viajera, según expresa voluntad de su padre que la arrebatara del amor de su prometido Don Alonso del Castillo. Este apuesto Capitán, de acuerdo con «Mano de Hierro», había organizado el asalto, y después de penetrar al convento llevóse a su amada para su barco, en donde un sacerdote los unió en matrimonio para mayor gloria de Dios y desesperación del demonio.

—Bueno, pero ¿y la campana?

—Un poco de paciencia; que allá voy. El sacerdote, antes de dar su ab-

solucion a Don Alonso del Castillo por el sacrilegio cometido en el asalto al convento, le impuso varios actos de penitencia, y entre ellos, que regalara una campana al dicho recinto sagrado. Así lo hizo, pero como no podía explicar a qué obedecía el donativo, se vio obligado a silenciar su nombre, y debido a una confusión, la campana vino a parar a la Santa Iglesia que estaban construyendo por entonces, los Padres Jesuitas.

He rogado al campanero que nos hablara de las demás campanas:

—Esta que parece una rara flor de verde corola...

—Esta tiene poco tiempo. Es la más joven. Vino aquí procedente de un ingenio, del ingenio «Sabanicú», mejor dicho, cuyo propietario la donó en acción de gracias por haber salvado sus cañaverales de un incendio, que llevaba trazas de arrasarlo todo. Pero no es, tampoco, una vulgar campana. Cuentan que cuando el dueño de «Sabanicú» comentaba la promesa que hiciera con varios amigos suyos (todos también propietarios de ingenios de los alrededores) en una de aquellas clásicas sobremesas de entonces, se extendió la charla sobre la sonoridad de las campanas. Uno de los presentes expuso la versión de que las que mejor sonaban, eran las que tenían «ánima», que consistía en una cantidad de plata o de oro que se le echaba al bronce al ser fundida la campana. Esto, naturalmente, indujo a nuestro héroe a hacer las cosas como las hacían los grandes de Cuba, entonces. Mandó unas onzas de oro para que fueran fundidas en la campana. Naturalmente, sus amigos ofrecieron su cooperación para que la obra resultara inmejorable, y de ofrecimiento en ofrecimiento, pronto se reunieron cincuenta onzas para darle el áureo sonido que hoy tiene a esta campana que toca a «Gloria» lo mismo que la otra, la recompuesta, toca a «Muerto». Lo mismo que los hombres son las campanas: unos nacen para la alegría y otros para la tristeza; unos son de bronce y otros tienen «ánima» de oro. Pero todos, cumplen su misión. No se podría «doblar» y «trampar» con la misma campana,

Mano de Hierro, 1/30